

LIBROS

La última novela de Mario Vargas Llosa

Revelación fulgurante de principios de los años sesenta, el escritor peruano Mario Vargas Llosa ha sido uno de los pocos escritores de calidad en el ámbito de la literatura iberoamericana que ha conseguido conectar con un público amplio y diverso. "La ciudad y los perros" (Premio Biblioteca Breve 1962; editada por primera vez por Seix Barral un año más tarde) fue uno de los acontecimientos literarios más importantes de la década de los sesenta. El prólogo entusiasta y certero de José María Valverde a la novela citaba incluso una lapidaria frase de Middleton Murry al lanzar a Joyce a la palestra literaria como un escritor genial. La novela de Vargas, cuyas sombras tutelares —de eso no se dijo nada entonces— eran escritores tan dispares como el Musil del "Tórrless" y el José María Arguedas de "Los ríos profundos", traía a la anquilosada prosa de ficción que se publicaba entonces en España un soplo de aire fresco, renovador y exaltante. A partir de la revelación de Vargas Llosa, muchos descubrieron esa especie de milagro escondido que ha sido la literatura latinoamericana —y no sólo la de expresión castellana— a lo largo de este siglo.

Luego vinieron "La casa verde" (1965) y "Conversación en la catedral" (1970). Si "La casa verde" defraudó a bastantes —su estructura aparentemente compleja se basaba en una especie de mecanismo de simetrías, más parecido al utilizado por Aldous Huxley en algunas de sus novelas que a la desorganización enmarañada de Faulkner, maestro de casi todos los escritores latinoamericanos, al menos desde Onetti para acá—, "Conversación en la catedral" fue la confirmación de un gran novelista. Un mundo social riquísimo de significaciones históricas y políticas acompañaba el viaje hacia la autodestrucción de un joven perteneciente a la alta burguesía limeña que se hace comunista, abandona el

partido y termina aceptando el mediocre destino de reportero de sucesos en un periódico sensacionalista. Poco después de la publicación de este libro y aprovechando la conjunción de dos nombres estelares, Barral lanzó a bombo y platillo la tesis doctoral de Vargas Llosa en filología románica: "Gabriel García Márquez: historia de un deicidio". Libro necesariamente pesado, reiterativo y farragoso, como la inmensa mayoría de las tesis doctorales, apuntaba lo que confirmaría en 1975 la publicación de "La orgía perpetua. Flaubert y Madame Bovary" (editada a la vez por Taurus y Seix Barral): que Vargas Llosa es un crítico literario cargado de una bien elegida sucesión de generalidades y de tópicos brillantes. Su libro sobre Flaubert hace pobre figura al lado del monumental y riquísimo estudio de Jean Paul Sartre publicado también por aquel tiempo.

En 1973, la publicación de "Pantaleón y las visitadoras" deparó una sorpresa a críticos y lectores. Del mundo alucinado de las calles limeñas de "La ciudad y los perros", de la geografía entera del Perú desgarrado en busca de su identidad de "Conversación...", pasábamos a un relato amable e irónico, de leve sátira antimilitarista, muy lejos del espíritu

que latía en las páginas de aquella primera novela, quemada en pública ceremonia por los antiguos alumnos del colegio militar Leoncio Prado. "Pantaleón y las visitadoras" nos mostraba una vez más las altas cualidades de Vargas como riguroso técnico de la novela, cuyos relatos funcionan con la precisión de un mecanismo de relojería. La anécdota, divertida, nunca era trascendida en la novela, verdadero prototipo de una crítica aparentemente corrosiva, pero perfectamente asimilable por los supuestos criticados.

Nos llega ahora su última novela, "La tía Julia y el escribidor" (Seix Barral, Barcelona, 1977). Mezcla de relato autobiográfico y de reconstrucción del mundo subcultural de las historias inventadas por un autor de radionovelas boliviano afincado en Perú llamado Pedro Camacho, "La tía Julia y el escribidor" es, o pretende serlo, una novela de humor. De estructura muy simple, casi rudimentaria —el autor no se ha roto mucho la cabeza esta vez para elaborar su relato—, nos cuenta los amores de un joven de dieciocho años perteneciente a la clase media alta limeña, Mario Vargas Llosa, estudiante de Derecho y periodista radiofónico, con una tía política suya de treinta y dos años, divorcia-

da y atractiva. Paralelamente a esta historia, Vargas nos va dando —en una parodia del estilo melodramático y lacrimógeno, con ciertas puntas de discreta obscenidad propia del género— una serie de notas argumentales de las utilizadas por Camacho en sus radionovelas. "La tía Julia y el escribidor" tiene la misma obsesión de las simetrías de otras novelas de Vargas: la mitad está dedicada a contarnos en estilo llano y sin complicaciones de ningún género sus accidentados amores, y la otra mitad los argumentos de Camacho.

El resultado es un libro entretenido y divertido a ratos y otras reiterativo y desangelado. Los amores de Vargas contados en un estilo de animada crónica periodística nos dejan bastante fríos. La comprensión del personaje de Camacho, verdadera figura patética, un forzado de la pluma que parece tratar de conservar, en un oficio menospreciado, una cierta dignidad profesional, es objeto de un tratamiento casi cruel por parte del novelista. Ni una sola vez vemos al pobre ser humano que hay detrás de ese folletista campanudo y engolado. Sólo al final lo entrevemos. La tragedia humana del individuo superexplotado que es Camacho no aparece por ninguna parte. Se nos presenta solamente a un ser ridículo. Pero la realidad tiene otras dimensiones. El humor, cuando se emplea simplemente para divertir, es pura caricatura. Y la novela —como la poesía— no aguanta mucho humor encima, al menos que se integre como un elemento más, enriquecedor, dentro del relato.

Lo cual no ha conseguido, en absoluto, Vargas Llosa en su libro. Todo hace pensar que el escritor peruano —como el García Márquez de ese rotundo fracaso que se llama "El otoño del patriarca"— se ha decidido por un tipo de literatura que no cree problemas de comunicación y que alcance fácilmente a capas de público lector cada vez más extensas. Lo cual, en sí, es magnífico. Intentar ampliar el área de influencia de la literatura, incorporando los avances técnicos de la vanguardia dentro de una concepción tradicional del relato como cuento, es una de las salidas que le quedan a la novela, semiasfixiada en el enrarecido "ghetto" del experimentalismo más o menos vacuo. Pero si para hacer esto hay que abandonar todo propósito de escribir una literatura seria y rigurosa, que contribuya, como un instrumento de in-

Vargas Llosa, por Vázquez de Sola.



dagación y de conocimiento, a la elucidación de lo real o de lo imaginario, se puede llegar no a un callejón sin salida, sino a algo peor: al más fácil y profano comercialismo. ■ JAVIER ALFAYA.

Temas candentes

Era necesario un libro como el que comento que tocase los temas de mayor actualidad para un cristiano, porque el creyente se encuentra un poco perdido entre los manuales que se han quedado antiguos y lo que en periódicos y revistas se está renovando hoy. Lo que no debe hacerse es lo pretendido por el "Diccionario del cristianismo", de O. Brosse, publicado en 1974 por esta misma editorial tan avanzadamente responsable en general, y por lo cual choca que editase entonces tan anacrónica publicación a diferencia de la que actualmente edita.

Este nuevo libro (1) resume treinta y nueve aspectos controvertidos del cristianismo. Publicación que será, sin duda, interesante no sólo para quien cree y sigue los dictados de su Iglesia, sino para todo español que desee saber el estado de la cuestión al día y expresado, al mismo tiempo, con seriedad. El aborto, el ateísmo, el bautismo de los niños, la democratización de la Iglesia, el divorcio, la infalibilidad, la moral, la regulación de la natalidad, la resurrección de Jesús, la sexualidad y la teología seglar son algunos de los asuntos tratados todos ellos por especialistas católicos en Teología y Derecho Canónico de procedencia germana (salvo un teólogo español que figura en la lista). Todos estos temas son tratados con criterio abierto y palabra clara y, a veces, hasta dura con ciertos anacronismos todavía existentes en el catolicismo.

Sobre el aborto, por ejemplo, afirma: "El aborto ha existido en todos los tiempos y civilizaciones", para desengañar así a los ingenuos que creen ser un invento moderno de una sociedad degenerada; y añade también que "el aborto es la principal causa en Colombia —por ejemplo— de la muerte de las mujeres", por no hacerlo en debidas condiciones de higiene y sanidad. ¿Por qué —me pregunto yo— no informan de estas realidades los grandes católicos

propugnadores de la prohibición de todo aborto legal, para lo cual alegan muchas razones teóricas y ocultan la triste realidad de esta plaga del aborto clandestino en los países católicos? Las religiones como la católica pueden oficialmente seguir manteniendo su postura antiabortista, pero no es legítimo querer influir negativamente sobre la legislación civil identificando confusamente legalidad con moralidad de grupo, cuando además muchos moralistas católicos —incluidos los obispos alemanes en 1970— opinan que el Estado no es quién para prohibirlo por influencia eclesiástica, sino que la ley puede permitirlo en los casos graves de "situación dramáticamente apurada" de algunas madres solteras que van a tener un hijo en condiciones muy negativas, o en algunos otros de clara "indicación médica". Y tampoco se debe llegar al aborto clandestino por simple desconocimiento o prohibición legal de los anticonceptivos, como ocurre en determinados países católicos, particularmente en España. Lo cierto es que "con medidas represivas no se resuelve un problema, por lo menos el del aborto". Sobre el divorcio se indica que "en la práctica, el modo de interpretar, en el Derecho Canónico, el principio del vínculo indisoluble conduce a consecuencias grotescas". Entre otras cosas porque la Iglesia no puede invocar en su favor una tradición constante. Al contrario: Papas, Concilios y grandes escritores eclesiásticos antiguos estuvieron a su favor en casos extremos.

Acercas de la infalibilidad de los Papas se afirma que "no gozó de grandes simpatías pontificias" en la historia de la Iglesia. Incluso el Papa Juan XXII condenó la doctrina de la infalibilidad pontificia en el año 1324. Después, tras la solemne y precipitada definición en tiempo de Pío IX, se han inventado nuevas interpretaciones de esta doctrina para comprender benignamente esta decisión coactiva tomada en el Concilio Vaticano I, a finales del siglo pasado, por presión del dictatorial Papa citado, y que resulta poco en consonancia con la cultura actual. La principal interpretación abierta ha sido la tan debatida del teólogo católico H. Küng, cuyo libro consiguieron nuestros obispos, con ayuda civil, que no lo publicara en España la Editorial Herder, que pudo difundirlo sólo en América Latina traducido al castellano.

Respecto a la moral, cuestio-

na el libro la existencia de una específica moral cristiana, porque parece que el Evangelio no aporta un contenido distinto del humano, descubierto sólo por la razón de los hombres en las diferentes culturas. Y con respecto a la moral sexual, observa el libro que ésta debe deducirse del conocimiento cada vez más amplio que la ciencia aporta para saber lo que es el ser humano y su desarrollo; de esta concepción más científica se debe deducir una concepción responsable, que puede ser nueva en muchos aspectos de esta moral sexual, dados los nuevos problemas que antes parecían "tabú" y que hoy la ciencia los enfoca de modo muy distinto (masturbación, juegos sexuales infantiles, conocimiento del sexo, homosexualidad...). Lo importante es no perder el sentido de la responsabilidad personal y tener una concepción seria y humana del amor como un valor profundo del ser humano, superando los recetarios eclesiásticos negativos de ayer y también los más abiertos de hoy.

Un serio esfuerzo católico el realizado con este libro para poner al día las enseñanzas cristianas dándoles una interpretación y un alcance que esté al unísono con nuestras exigencias culturales. ■ E. MIRET MAGDALENA.

RADIO

El fin de cuarenta años de mordaza

Cuando, el pasado día 3 de octubre, las emisoras privadas de la radiodifusión española se vieron en la libertad de conectar o no con la estatal Radio Nacional, para transmitir los "Diarios hablados" —antes "partes", recordando directamente la terminología bélica que los hizo posibles—, cuarenta años de la vida de este país tocaban a su fin. Cuarenta años de la radio franquista, que extendía sus redes —y sigue extendiéndolas aún ahora, en ciertas y numerosas parcelas— aun muerto y bien enterrado su hacedor.

Es el primer paso para la libertad informativa en las ondas

hispánicas, pero no el único. Quedan todavía muchas cosas por conseguir, y no es la menor de ellas el que se articule efectivamente una Ley de Radio democrática y discutida abiertamente, entre todos los sectores de la sociedad afectados, que es como decir todo el país. Pero una Ley que sea lo menos Ley posible, en el sentido de que sea lo más libre y lo menos coercitivo o limitador para la difusión y comentario de las noticias: como en la prensa, únicamente los Tribunales de Justicia deberían ser los que entiendan en caso de denuncia, pública o privada, frente a los productos emitidos. Pero mientras todo esto ocurre o deja de ocurrir, parece claro que la posibilidad de que todas las radios del país puedan proceder a elaborar su información propia, era el requisito indispensable para finalizar de una vez por todas con el monopolio gubernamental en esta materia y del consiguiente uso partidista que se hacía de él. Justamente lo que ha ocurrido y sigue ocurriendo también con el aparato propagandístico que es la televisión.

Numerosos problemas e interrogantes se plantean ahora, asimismo, para las emisoras o cadenas privadas que quieran hacer uso de su derecho a la información: ¿Hasta dónde llega esa libertad? ¿Dónde se sitúan los techos informativos y, en todo caso, quién y por qué los determina? Hay quien piensa —y quizá tenga razón— que ésta es una operación autocrática más, realizada de alguna forma a espaldas de todo el mundo, profesionales del medio, audiencias, etcétera, por no hablar ya de las centrales sindicales o partidos políticos, que han sido poquísimo —si algo— consultados. Nuevamente, el debate ha faltado, el contraste de pareceres —ese término tan del gusto de los antiguos, y, por tanto, de los nuevos franquistas— ha brillado por su ausencia... De pronto amaneció un día cualquiera, y nos encontramos con que a las dos y media de la tarde y a las diez de la noche podíamos sintonizar diversas longitudes de onda de nuestro aparato sin temor a encontrarnos con el "rollo hablado". Y, si el fin justifica los medios, bienvenido sea el hecho, por poco democrático y por muy autoritario que haya sido el proceder (que lo ha sido con creces...). La reforma política del señor Suárez y de su UCD sale fortalecida, pero, dialécticamente, el pueblo, la gente de la calle sale también ganando, siempre que la nueva información no sea como la antigua; es decir, que no

(1) J. B. Bauer: Temas candentes para el cristiano, Ed. Herder, Barcelona, 1976.